
VE RI
TAS

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE



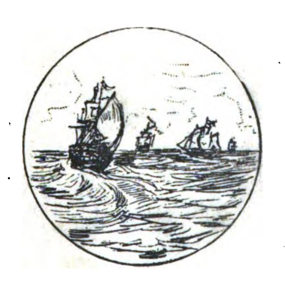
BOSQUEJOS GALAICOS

DESCRIPCIONES REGIONALES

PRÓLOGO

DE

Don Manuel del Palacio.



MADRID
Librería de Fernando Fe
Carrera de San Jerónimo, 2.

CORUÑA
Librería de Eugenio Carré
Calle Real, número 30.

1895

BOSQUEJOS GALAICOS

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE

BOSQUEJOS GALAICOS

DESCRIPCIONES REGIONALES

CON UN PRÓLOGO

DE

Don Manuel del Palacio.

ILUSTRACIÓN DE JOAQUÍN VAAMONDE

Al distinguido crítico D. Rafael Balsa de la Vega como testimonio de consideración y simpatía

Emilio Fern. Vaamonde

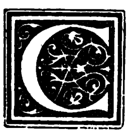
MADRID
Librería de Fernando Fé
Carrera de San Jerónimo, 2.

CORUÑA
Librería de Eugenio Carré
Calle Real, número 30.

1895

UN RECUERDO

QUE CASI PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO

ONOCEMOS la región en que habitan las musas, pero digan lo que quieran Tracios y Beocios, no es cosa averiguada todavía el lugar de su nacimiento. Y apoyándome en esta incertidumbre es como puedo permitirme asegurar á ustedes que por lo menos una de las nueve musas es gallega.

Esta musa, que inspiró hace siglos á Alfonso X y á Macías, y hace años á Rosalía Castro, Ballesteros y Curros Enríquez, es también la inspiradora de Emilio Fernández Vaamonde, que si no escribe como aquellos en gallego, siente y piensa con el corazón y el pensamiento de Gali-

cia. Nacido en la Coruña, la más culta, ya que no la más artística de sus ciudades, lleva dentro de sí la tristeza del mar que la acaricia cuando no la amenaza; el color y la transparencia del cielo, color y transparencia que se evaporan en lágrimas á menudo, y la poesía, tierna unas veces, y otras solemne y grave, que se respira en sus playas halagadoras, en sus frescos y deleitosos valles, y en sus verdes y pintorescas montañas.

Acaso los versos de Vaamonde reflejan en alguna ocasión la monotonía de ciertos paisajes, ó rompe su tersura una frase inarmónica ó un giro conceptuoso, remedando á la naturaleza, donde es frecuente hallar abrupta roca en medio de delicioso prado; pero esta misma desigualdad y aquella misma monotonía sirven para retratar mejor la original hermosura del país que el poeta describe, y pinta con tan vivos y verdaderos colores.

Ciertamente es una región privilegiada la región gallega. Tocóme la suerte de visitarla en los primeros años de mi juventud, y recuerdo todavía con placer las nocturnas clases del Consulado, en que estudiábamos náutica, dibujo y tene-

duría de libros; las alegres escapatorias á los Pelamios y al Orzán, en cuyas aguas siempre tormentosas dejé en triste día de invierno el capotillo y dos tomos de matemáticas, sacando por milagro incólume la escuálida persona; y sobre todo, los nombres de no pocos muchachos, camaradas á la sazón de aulas y de paseos, que trágica ó prematuramente bajaron á la tumba como Aurelio Aguirre, Benito Vicetto, y José Puente y Brañas, con otros que si viven no andarán menos averiados y cariacontecidos que yo.

Y eso que la Coruña de entonces tenía mucho que envidiar á la de ahora. Oprimida por el cinturón de sus baluartes y murallas; estrechada por el mar que sólo dejaba libres á los transeuntes los cantones de Porlier y de Lacy, sus únicos desahogos eran el extenso Campo de la Leña, destinado á ejercicios y maniobras, y las descuidadas afueras, teatro de expediciones campestres no ya en ferrocarril ni siquiera en ómnibus, sino en los borriquillos estacionados en la puerta de la Torre. Ni en sueños vislumbraba nadie la amenidad y los encantos del Relleno, ni sospechó mi buen amigo Sánchez Bregua que sobre

una alameda raquítica y privada del sol había de levantarse una calle que llevara su nombre. Pero aun sin estos atractivos eran ya proverbiales entre los forasteros la finura y el buen trato de los habitantes, la gracia y donosura de las mujeres, la benignidad y pureza del clima, y todo lo que se conserva, á Dios gracias, á través de vicisitudes y reformas.

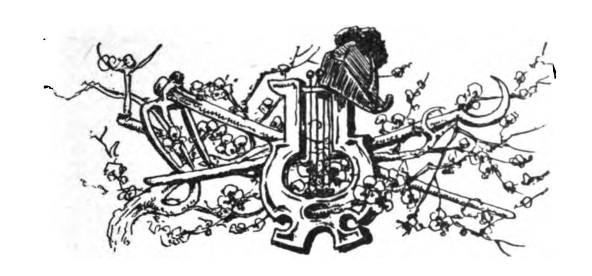
Hoy aquellas primeras impresiones se han fortalecido con nuevos viajes y más detenidos estudios, y Galicia se ha trocado para mí en una patria adoptiva, la sola en que poseo cuatro palmos de tierra que puedo llamar míos, donde he plantado algunos árboles, á cuya sombra ignoro si llegaré á descansar un día, y donde en las siestas del verano gozo aspirando el aroma de los pinos que trae hasta mí la brisa del mar, embebido en la contemplación de la naturaleza, y viendo desde mi galería cómo los pescadores de la Moureira metidos en agua hasta la cintura,

Or con ami inescati, ed or con reti
turbano á pesci i grati lor segreti.

Después de esto, ya comprenderán ustedes si hallaré no sólo disculpable sino sagrado el amor de los gallegos á su país, y si saludaré con gusto en el Sr. Fernández Vaamonde á un nuevo campeón de nuestra literatura, que viene al palenque con el entusiasmo que da la juventud y la fé de que se nutren todas las almas generosas.



INTRODUCCIÓN



INTRODUCCIÓN

Garcilaso, Virgilio, Teócrito...
¡quién pulsar cual vosotros pudiera
de Euterpe la lira!
¡quién cantar cual vosotros supiera
los sencillos campestres amores,
las mieses lozanas,
los bosques umbrosos,
las puras fontanas,
el aura ligera
que alada suspira!...

Dante, Herrera,
¡quién por sólo un instante tuviera
vuestro aliento,
y en pindáricos, épicos sones
prorrumpir, y en vibrantes canciones
pudiera un momento!...

Con qué orgullo, ¡oh Galicia!, en mis cantos
ensalzara inspirado mi acento
tus encantos,
tu extraña poesía...
de tus héroes la augusta grandeza,
de tus hijas la dulce belleza,
el rigor de tus pérfidos mares,
la escarpada aridez de tus montes,
el rumor de tus densos pinares
seculares,
de tus horizontes
la melancolía!...

El poeta,

cuando siente del estro sublime
la llama fecunda brotar en la mente,
inspirado, con bríos de atleta,
se yergue potente,
y cual águila altiva que al cielo
se remonta y del aire señora
se cierne en la altura,
vigoroso y febril tiende el vuelo,
arrancando á su lira sonora
vibraciones,
himnos, quejas, amantes suspiros
de grata dulzura;
mas aquel que sintiendo en el pecho
noble anhelo, la ayuda no alcanza
del festivo hipocrénido coro,
será en vano
que en su afán, de la lira, profano,
hiera osado las cuerdas de oro,
sus canciones
morirán como flébiles notas

cuyos sones
arrebata en sus alas el viento,
y sus pobres ideas ignotas,
cual crisálida
que no acierta á romper el capullo
que ufana ha tejido,
por salir pugnarán vanamente
del obscuro rincón del olvido.

¡Oh! Galicia,
patria mía, región misteriosa,
que en tu lecho de rocas y espumas
á la mente exaltada te ofreces,
nemorosa,
recatada entre el fresco follaje,
recibiendo la amante caricia
del mar que te acosa
con fiero oleaje...
¡Cuántas veces
feliz, solitario

crucé de tus playas
la estéril llanura!
¡Cuántas veces, dichoso en tu olvido,
gocé de tus valles
la grata frescura!
¡Cuántas veces, errando al acaso,
por tus hondas y umbrosas veredas,
tuve el paso
para oir el rumor fugitivo
del céfiro leve
que en tus arboledas
susurra furtivo,
ó siguiendo la mansa corriente
que cruza entre flores
tus anchas praderas,
escuché en sus tranquilos rumores
blanda endecha de tiernos amores,
y en su terso cristal transparente
morbideces
hechiceras,

de extrañas deidades,
vislumbró alucinada la mente!...
¡Cuántas veces trepé á tus montañas,
y admirando la agreste belleza
de su abrupta y salvaje aspereza,
dejé al alma mía
remontarse con rápido vuelo,
y ajeno á este suelo,
abstraido,
reposé en grato sueño sumido;
ó quizá de tus plácidos sotos
tendido á la sombra,
dirigiendo á otros tiempos remotos
la mirada,
perseguí en sus secretos ignotos
tu recóndita historia olvidada!...

Dante, Herrera,
¡quién por solo un instante tuviera
vuestro aliento,

y en pindáricos, épicos sones
prorrumpir y en vibrantes canciones
pudiera un momento!...
Garcilaso, Virgilio, Teócrito,
quién pulsar cual vosotros pudiera
de Euterpe la lira!
¡quién cantar cual vosotros supiera
los sencillos campestres amores,
las mieses lozanas,
los bosques umbrosos,
las puras fontanas,
el aura ligera
que alada suspira!...

FIN DE FIESTA

EN LA MONTAÑA

A mi buen amigo el Excmo. Sr, D. Rafael Alvarez Sereix.



FIN DE FIESTA

EN LA MONTAÑA

I

Desafiando el bochorno
de un día de Agosto, ardiente,
alegre acude la gente
de los pueblos del contorno,
bulliciosa caminando
entre abrojos y arboledas,
por caminos y veredas,
hacia San Juan de Servando.
En traje de fiesta van,
y la causa está explicada

diciendo que hay *folïada*
en el lugar de San Juan.

Con ruidosa animación,
mozas y mozos, reunidos,
avanzan enloquecidos,
en alegre confusión.

Ellas mostrando gozosas
sus trajes abigarrados,
sus justillos galoneados
y sus chaquetas airosas;

aquel típico mantelo,
aquellos dengues de grana,
aquella falda galana
con vivos de terciopelo;

la blanca cofia de nieve,
os pendientes de oropel,
y el zapato de rosel
donde se oculta el pie breve...

¿Y los mozos? ¡ahí es nada!
nclinada la montera,

con apostura altanera,
y jactanciosa mirada,
  luciendo rico calzón,
polainas de paño fino,
y alba camisa de lino
legítimo de Padrón,
  acuden hacia el lugar,
quién galán y placentero,
quién triste, quién altanero,
quién entonando un cantar....

  ¡Dic sas fiestas campestres!
¿Qué son los ricos salones
ante las mil seducciones
de sus bellezas silvestres?
  Todo es aquí natural
y grande al par que sencillo;
allá es mentira hasta el brillo
de la luz artificial;
  allá ricos cortinajes,

aquí arboledas sombrías;
allí dulces melodías,
aquí conciertos salvajes;
  allá alfombras y tapices,
aquí céspedes y flores;
allá cumplidos traidores,
aquí rudezas felices;
  allá aromas enervantes,
aquí brisas perfumadas;
allá gentes disfrazadas,
aquí los francos semblantes;
  allá el procaz desenfreno,
estéril, torpe, monstruoso;
aquí el amor poderoso,
fecundo, noble, sereno;
  allá las leyes sociales
con que los hombres se crecen,
aquí la ley que establecen
las costumbres patriarcales;
  allá la humana locura

con su fingida grandeza,
aquí la agreste belleza
con que se viste natura...

II

En derredor de la ermita
donde con sencillo encanto
la gente adora del santo
la tosca imagen bendita,
en ancho campo, á que dan
sombra castaños frondosos,
los aldeanos gozosos
reuniéndose en grupos van.

Mas ya el tamboril resuena,
se animan los corazones,
y con dulces inflexiones

la gaita armoniosa suena.
Al escuchar las fugaces
notas del blando instrumento
cunde rápido el contento
en rapazas y rapaces,
y en torno al gentil gaitero
que se esmera modulando
gorjeos, vase apiñando
el concurso bullanguero,
hasta que al fin, *feiticeira,*
lanza la gaita un quejido
y regalan el oído
los sones de la *muiñeira,*
raudal de dulces concentos
donde mezclarse parecen
gritos de amor que enloquecen
y acongojados lamentos,
incomparable armonía
donde la musa inspirada
de anónimo autor, grabada

dejó la triste poesía
que estas tranquilas regiones,
sublimes en su rudeza,
guardan entre la aspereza
de sus fecundos terrones,
con sus campiñas rientes,
sus montañas escabrosas,
y sus brumas misteriosas,
y sus aguas transparentes,
con sus sombríos pinares,
sus perfumados oteros,
sus traidores ventisqueros
y sus encrespados mares...

Rompe el baile: abre la gente
ancho círculo, y ufanos
aldeanas y aldeanos
giran cadenciosamente;
ellas á un lado, alineadas,
con semblantes ruborosos;

ellos en frente, animosos,
con atrevidas miradas;
todos marcando el compás,
ya con débil balanceo,
ya con raudo contoneo,
sin detenerse jamás.
Las mozas, como impelidas
por la rítmica cadencia,
con candorosa apariencia,
pudorosas y garridas;
ora esquivando al galán
que las acosa sonriendo;
ora sus pasos siguiendo
como premiando su afán;
luego volviendo á escaparse
con desdeñosa sonrisa,
luego en actitud sumisa
dejándolos acercarse...
Los mozos con rostro atento,
dando brincos y traspiés

y entretejiendo los piés
en difícil movimiento;
ya solícitos, rendidos,
con ademán suplicante;
ya con gozoso semblante
siguiéndolas decididos;
ya con actitud sencilla,
ya con ímpetu vehemente,
ya doblando humildemente
sobre el suelo la rodilla;
hasta que al fin, en redor,
ancho círculo formando,
giran todos, caminando
al son ronco del tambor...

III

De pronto, con gesto altivo
y provocadora faz,
lanzando un grito un rapaz

se yergue despreciativo,
y con fiero continente,
—¡Viva Pravio!—osado grita,
y airado se precipita
entre la apiñada gente.



Queda turbada la fiesta,
mientras que fuerte sonando:
—¡Viva San Juan de Servando!—
con brío otra voz contesta.
Son los mozos del lugar,

que al escuchar el agravio
que les lanzan los de Pravio,
se disponen á luchar.
La gente se arremolina
y huye á la desbandada,
pues la lid está empeñada
y es grande la sarracina;
mujeres, niños y viejos,
no se cansan de correr,
aunque dispuestos á ver
la lucha campal, de lejos.

Los rapaces belicosos,
á no cejar decididos,
en dos grupos divididos,
se acometen vigorosos,
blandiendo en la diestra mano
la recia y pesada *moca*,
que en la parte donde toca
un hueso no deja sano.

¡Qué giros y qué carreras!
¡qué golpes! ¡qué granizadas
de palos y de puñadas,
y qué pedradas certeras!...

Uno con su moca traza
ancho círculo de muerte;
otro más ágil, y fuerte,
á su contrario se abraza;

quién, roncos gritos lanzando,
anima á sus compañeros;
qnién con gestos altaneros
va al contrario provocando;

quién se agacha y se desvía
para acometer después;
quién se vuelve de través
y á granel golpes envía...

La lucha se recrudece
al llegar nuevas legiones
de animosos campeones,
y la confusión se acrece.

Por campos y por veredas,
por plantíos y sembrados,
por tojales erizados
é intrincadas arboledas,

los sañudos combatientes
se guarecen, se persiguen,
y la ruda lid prosiguen
con furia y rencor crecientes;

hasta que al fin los de Pravio
dejan el campo maltrechos,
y los otros satisfechos
dan al olvido el agravio;

aunque la lucha emprendida
no se da por terminada...
queda sólo suspendida
para seguir más reñida
en otra nueva *foliada*...

25 Enero, 89.

LA COSTA BRAVA

Al insigne poeta D. Víctor Balaguer.



LA COSTA BRAVA

Nada hay tan hermoso
cual las salvajes costas de mi patria.

Cuando absorto contemplo
las olas, gigantescas cual montañas,
que con terrible empuje,
de espuma coronadas,
rompen contra las rocas que impasibles
parecen provocarlas,
con emoción profunda
se estremece mi alma,

pues creo ver en el furioso empeño
con que, siempre agitadas,
nacen, luchan y mueren, de los hombres
a mísera existencia reflejada:
cual las olas también los hombres luchan
y en su existencia rápida,
dóciles á una ley que los domina,
no cejan ni descansan.

¡Cuán grandioso y magnífico espectáculo!
el de esas costas áridas!
Gigantescos peñascos de granito
ante el mar se levantan,
inmóviles y escuetos,
en su base que bañan
las espumosas olas,
cubiertos de moluscos y de algas;
con pavoroso estrépito,
inmensos montes de agua,
creciendo en magnitud y rebramando,

sobre ellos se abalanzan,
y después de estrellarse con estruendo
se retiran formando mil cascadas.

Aquí profundo tajo,
dividiendo la roca acantilada,
nos muestra un precipicio en cuyo fondo
un mar de espuma se retuerce y brama;
allí negra caverna
de profundas entrañas,
con su insondable seno
parece provocar nuestras miradas;
allá se extiende entre erizados riscos
desierta y triste playa,
en cuya gruesa arena
las airadas
olas van á morir, como rendido
gladiador que, sin fuerzas ya, batalla...
¡Imponente aridez! En vano busca
con ansiedad el alma

un árbol ó una flor; do quier los ojos
miran ansiosos, hallan,
en confusión sublime,
arenales, abismos, rocas y agua,
y allá á lo lejos la indecisa línea
do al parecer se abrazan
la inmensidad del cielo
y la mar agitada...

Sólo se escuchan en la costa estéril,
siempre por crudos vientos azotada,
del celta melancólico
la monótona cántiga,
los ásperos graznidos
de las aves acuáticas,
y el fragor incesante del Océano,
que, cual fiero huracán que se desata,
ensordece el oído
y el corazón embarga,
y semejante á un himno gigantesco

que ante belleza tanta
el universo entero conmovido
de natura entonase en alabanza,
hace sonar los misteriosos ecos
de valles y montañas,
y se extiende vibrante en el espacio
á través de la bóveda azulada,
yendo á extinguirse como tenue arrullo
en ignotas regiones apartadas...

Nada hay tan hermoso
cual las salvajes costas de mi patria,
abruptas, misteriosas,
donde la mar airada
incesante se estrella sin que un punto
ceje en su lucha horrísona y titánica;
nada hay tan hermoso
cual las salvajes costas de mi patria,
abruptas, misteriosas,
inclementes, soberbias, solitarias!...

Mayo, 1884.

CUENTO



CUENTO

Mariquiña, Mariquiña,
á do refaixo marelo...

(Canto popular.)

Oculto casi el sol en el ocaso,
próximo un claro día á terminar,
yendo Blas para casa, halló á su paso
á Marica, rapaza del lugar.

Que se alegraron ambos, por sabido:
¡bien comprendían ellos, vive Dios,
que iba á ser el trayecto divertido
siendo ya amigos íntimos los dos!

Hallábase el lugar bastante lejos,
así que ya la densa obscuridad
extinguiera de Febo los reflejos,
y aún estaba el camino á la mitad.

No temblaron por eso los rapaces,
cosa muy natural, á mi entender:
juntos, Marica y Blas, eran capaces
de burlarse del mismo Lucifer,

y siguieron alegres, conversando
con expansivo y franco buen humor,
el solitario monte atravesando,
pero con calma... á causa del calor.

Como estaba la noche muy obscura
y había mil senderos por allí,
y era muy intrincada la espesura...
se extraviaron... juntos, eso sí,

y no sé como fué, pero es el caso...
—Marica, vamos bien.—Blas, vamos mal—

que de la luna al resplandor escaso
los ocultó un espeso robledal.

¿Qué sucedió después? Seguramente,
malicioso lector, yo no lo sé;
pero aunque lo sospeche... francamente,
aun cuando lo sospeche, callaré.

El caso es que al final de su camino
se reían los dos sin poder más,
murmurando:—Si vuelves al molino,
avisarás, Marica...—Bueno, Blas...—

Pero acertó á pasar en aquel punto
el señor cura, viejo gordinflón,
que comprendió el misterio del asunto
é incomodado les echó un sermón.

—Señor—le dijo Blas—como el sendero
es muy hondo y difícil de acertar,
nos perdimos... los dos... yo considero
que usted se perdería en mi lugar...—

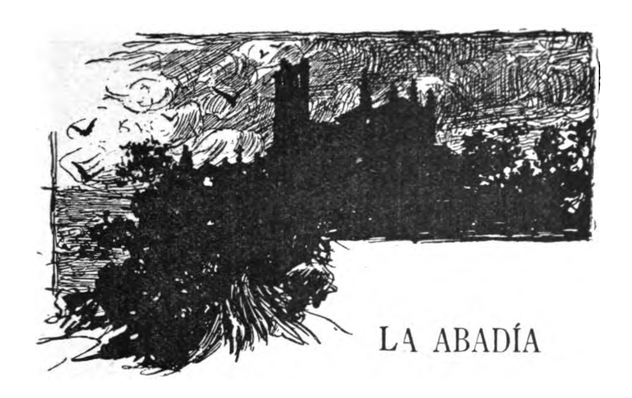


Echóse á andar el clérigo amoscado,
pero al marchar juraba en su interior
que en lugar de perderse en lo intrincado
Marica y Blas, se habían... encontrado...
Tú juzgarás, lector.

Marzo, 1888.



LA ABADIA



LA ABADÍA

Vanitas vanitatum et omnia vanitas.

SALOMÓN.

Inmutable y severa como una esfinge,
imponente y medrosa como un fantasma,
la ruinosa abadía yérguese escueta
en la escabrosa cumbre de la montaña,
rotos los denegridos muros que un tiempo
del huracán las iras desafiaban,
hundidas entre el césped las anchurosas
del presbiterio augusto solemnes gradas,
solitarias y tristes las altas naves,
¡desierta el ara!...

Ya en los helados días del triste invierno
implacables lo azoten rugientes ráfagas,
ó persistente lluvia hiera sus flancos
ó la nieve le ciña fría mortaja;
ya en el estío ardiente del fecundante
sol lo envuelva lasciva la inmensa llama,
ó lo esmalte de flores la primavera,
ó lo besen de otoño las brisas lánguidas;
ora la luz del día ponga en relieve
de su gótico estilo las filigranas,
y de Febo los rayos áurea diadema
presten deslumbradores á su arrogancia,
ora nublosa noche manto de sombras
tienda sobre su mole desmantelada,
ó la pálida luna con sus destellos
cíñale misterioso nimbo de plata,
el vetusto coloso yérguese alerta
en la escabrosa cumbre de la montaña,
inmutable y severo como una esfinge,
imponente y medroso como un fantasma.

¡Cuántas veces á impulso de extraño anhelo
las escarpadas rocas hirió mi planta,
hasta escalar la cima donde siniestra
la ruinosa abadía se destacaba,
y contemplé abstraído del viejo pórtico
los angelotes toscos de faz seráfica,
las de etérea aureola mudas imágenes,
los infernales mónstruos de hórridas garras,
las esbeltas columnas de limpio fuste,
las de acanto sutiles hojas rizadas,
y descubrí en el huerto, bajo los sauces,
de los viejos sepulcros las frías lápidas,
y crucé de los claustros majestuosos
bajo las arrogantes aéreas arcadas,
y á las desiertas celdas llevé mis pasos,
y á las enhiestas torres trepé en mi audacia,
y en el sacro recinto donde sonoras
del órgano las graves notas vibraban,
y mil labios decían fervientes preces,
y esparcía el incienso tibias fragancias,

me detuve abstraído por honda pena,
en reflexión profunda sumida el alma!...
¡Ay! que en aquel coloso triste y vencido,
en aquellas caducas ruinas titánicas,
en aquellas cenizas de idas grandezas
abandonadas,
vía la triste imagen desoladora
de las mezquinas glorias humanas,
míseras como el polvo que los sepulcros
tétricos guardan...

¿Dónde fué tu grandeza, vieja abadía,
tumba olvidada,
dónde tus esplendores de otras edades,
tu feudal poderío, tu eterna fama?
¿Qué se hicieron tus santas habitadoras,
las de las níveas tocas inmaculadas,
las del albo ropaje, rico y severo,
del Nazareno esposas tiernas y castas,
con sus dulces arrobos contemplativos,

sus solitarios goces de iluminadas,
y sus austeros ritos deslumbradores,
y sus rezos fervientes y sus hosannas?
¿Qué se hicieron tus siervos y tus tesoros,
tus milagros que al mundo fanatizaban?
¿Quién arrasó las flores de tus jardines?
¿Quién truncó tus airosas torres caladas?...
¿Dónde fué tu grandeza, vieja abadía,
mudo fantasma,
dónde el Dios infinito de tus altares,
omnipotente, sabio, justo, sin mancha?...

Ya el maternal abrigo no busca el hombre
que en tu recinto augusto le deparabas;
ya no acude sumiso cual mansa oveja
al llamamiento blando de tus campanas;
ya sus labios no dicen fervientes preces...
Arrogante en el cielo los ojos clava,
con la luz de la ciencia rasga las sombras,
con sus manos experto sus dichas labra.

Ya el furor de los dioses no le intimida;
de lo ignoto el misterio no le acobarda;
la voz de los tiranos no le amedrenta;
ya no ruega, amenaza;
no suplica, maldice;
riñe por la existencia cruda batalla,
y si en la liza rueda maltrecho,
no pide gracia:
vende cara su vida
como fiera acosada...
Triunfante es Dios que crea;
¡vencido es Dios que arrasa!...

¿A dónde va? ¡Quién sabe! Siempre anhelante,
la humanidad inquieta sin tregua marcha...
mas ¡ay! siempre en la ruta deja siniestras
de su paso las huellas ensangrentadas...
y á cada nuevo avance se hunde en la noche
de las viejas creencias la imagen sacra,
y nuevo sol lejano luce engañoso

con los alegres rayos de la esperanza...
¡Ay! también tú brillaste, vieja abadía,
y ante tu Dios el hombre se prosternaba,
y por tu fe en la lucha cruda y sangrienta
alimentó la hoguera, blandió la espada!...

El hombre ya no reza, yérguese indómito,
arrogante en el cielo los ojos clava,
con la luz de la ciencia rasga las sombras,
con sus manos experto sus dichas labra...
¿A dónde va? ¡Quién sabe! Cual masa inerte
la humanidad inquieta sin tregua avanza;
avanza cual la nave que el ponto cruza,
leve y gallarda,
sobre inmensos abismos inescrutables,
entre traidoras sirtes y ondas amargas;
avanza hacia lo ignoto cual masa inerte,
porque anhelosa sueña dulces bonanzas,
esplendentes auroras, tiernos amores,
eternales venturas... ¡nunca logradas!...

¡Ay! tú arrogante en tanto, vieja abadía,
descarnado esqueleto, tumba olvidada,
desolador emblema de las fugaces
glorias humanas,
allá en la altura
te alzas sarcástica...
sarcástica y horrible te alzas austera
en la escabrosa cumbre de la montaña,
con tus ruinosos muros ennegrecidos
y tus enhiestas torres desmanteladas,
inmutable y severa como una esfinge,
imponente y medrosa como un fantasma!...

Julio, 94.



¡VILAR!... (1



¡VILAR!...

Verdes campos, claras fuentes,
dulces campanas dolientes
de la iglesia del lugar;
misteriosas arboledas,
rumorosas auras ledas,
frescas brisas de Vilar...

—

Yo no sé qué es lo que siento
cuando ensimismado os miro,
sólo sé que lanzo al viento,
llena el alma de contento,
melancólico suspiro

vuestro encanto al contemplar,
verdes campos de Vilar.

Sé que se endulzan mis penas
cuando correr os escucho,
y que las horas serenas
siento deslizarse apenas,
ajeno al mal con que lucho,
vuestras ondas al mirar,
claras fuentes de Vilar.

Sé que el corazón dichoso
se estremece de ventura,
cuando en busca de reposo,
huyendo el mundo ruidoso,
vuestra plácida frescura
vengo alegre á disfrutar,
arboledas de Vilar.

Sé que vuelve al alma mía
la fe de otra edad lejana

cuando al declinar el día
como extraña melodía
llego á oir de tu campana
el tañido singular,
blanca iglesia de Vilar.

—

Verdes campos, claras fuentes,
dulces campanas dolientes
de la iglesia del lugar;
misteriosas arboledas,
rumorosas auras ledas,
frescas brisas de Vilar!...

Junio, 89.



COMPOSTELA



COMPOSTELA

De la medrosa noche entre el misterio,
cuando todo al reposo está entregado,
pláceme, en ancha capa arrebujado,
recorrer cual un duende la ciudad,
subido hasta los ojos el embozo
y calado el sombrero hasta las cejas,
evocando románticas consejas
al confuso recuerdo de otra edad.

Ver entre pardas nubes, cual hermosa
dama que pudibunda se recata,

á la luna mostrar su faz de plata
lanzando rayos de argentada luz;
y á los densos y obscuros nubarrones,
por el cielo cruzando,
fugaces ir tomando
mil caprichosas formas al trasluz.

Y aquí en un templo lúgubre, sombrío,
columbrar triste luz tímida, inquieta,
y contemplar la informe silüeta
de la pesada mole secular,
y en el espacio ver cual se destaca,
inmóvil, solitario,
como gentil fantasma, el campanario,
símbolo de la fe, que induce á orar.

Y entre la muda sombra con que envuelve
la población dormida
sus calles, otra vida
recordar de grandeza y esplendor,

y ver á tal recuerdo en la penumbra
recatados cruzar y aventureros,
tapadas dueñas, damas y guerreros
que el espíritu crea soñador.

Y ora perderme en lóbrega calleja
y entre la densa sombra misteriosa,
con planta recelosa,
trasgos y horribles brujas perseguir;
ora parado ante los negros muros
de vetusto convento,
el fúnebre concento
de quejumbrosos cánticos oir.

Luego cruzar con cauteloso paso,
como en pos de arriesgadas aventuras,
las arcadas obscuras
de triste soportal;
y después detenerme en la ancha plaza
do se remonta altiva al firmamento,

emblema del humano pensamiento,
la augusta catedral.



Ya con el alma inquieta,
escudriñando inmunda encrucijada
por fantástica luz iluminada,
recordar legendaria tradición;
ya de viejo palacio fastuoso
al pararme á soñar ante la reja,
romántica pareja
forjarme en mi ilusión.

Y escuchar como el cierzo
los muros azotando,
raudo gira, silbando
por empinada calle al discurrir;
y del ave nocturna
que al sonar de mis pasos deja el nido,
escuchar el graznido,
y el rumor de sus alas percibir...

¡Oh Compostela augusta!, si en la noche,
cuando todo al reposo está entregado,
en mi capa embozado,
entre tus calles piérdome al azar,
trasportado me siento á otras edades
en que á la faz del mundo reverente,
eras en Occidente
de la fe sacrosanto luminar.

Veo acudir á tí, moderna Atenas,
desde opuestas regiones,

las fervientes é innúmeras legiones
que atraía hasta tí la devoción;
recuerdo tu grandeza de otros tiempos,
tu esplendor, tu pasado poderío,
y entusiasta se oprime el pecho mío
dominado por honda admiración!...

Enero, 1888.



EL ALALALA



EL ALALALA

Hay un canto sencillo
en la región galáica,
original, insólito,
que desde obscuras épocas lejanas
hace sonar los ecos
de sus tranquilos valles y montañas.

Si al declinar el día,
cuando en la extensa bóveda azulada
fulguran los luceros

como oscilantes lágrimas de plata
y las fuentes murmuran
y crugen estrechándose las ramas
y al impulso del viento
tiene rumor de besos la hojarasca...
hasta vosotros llega,
flébil, sutil, del cétiro en las alas,
el concento süave
de una canción conmovedora y lánguida,
tierna como el arrullo
con que la madre al pequeñuelo acalla,
dulce como las notas
cadenciosas é intensas de la gaita,
blanda como un suspiro,
triste cual melancólica plegaria;
que empieza en un murmullo,
se acrece, se oye al fin potente y clara,
y luego lentamente
se pierde entre el susurro de las auras,
y como tenue acorde

de misteriosa selva solitaria,
cual vibración eólica
de plañideras arpas,
cual quejumbroso anhélito
de ninfa enamorada,
cual tímido vagido,
cual nota que se apaga,
huyendo de eco en eco,
se aleja... cede... calla...
es que escucháis del celta
la misteriosa cántiga,
es que escucháis el canto del gallego,
es que escucháis el poético alalala...



EL CRUCERO



EL CRUCERO

Llegué con callado paso
al pié del blanco crucero
que se alza entre la espesura
como un fantasma siniestro...
Los sencillos aldeanos
refieren de él con misterio
aterradoras consejas
de funerarios espectros,
que en la quietud de la noche,
entrechocando los huesos,

abandonan los sepulcros
del cercano cementerio
y van á llorar de hinojos,
con destemplados lamentos,
ante la cruz que se yergue,
cual descarnado esqueleto,
entre los lánguidos sauces,
y resinosos abetos...

Llegué con callado paso
por el torcido sendero,
llegué de la blanca luna
á los pálidos reflejos,
evocando la memoria
de aquellos felices tiempos...
Allí, sentada en el césped,
al pié del blanco crucero,
me esperabas tú, bien mío,
con tu semblante risueño,
tus oyuelos incitantes,

y tu mirar picaresco,
y tu corazón hermoso
que, aun cuando tímido y crédulo,
bien sabe que los difuntos
no gustan de cabildeos...
¿Te acuerdas?... de aquel retiro
nada turbaba el sosiego:
las ramas lo protegían
de sombras con triste velo,
y aquella cruz misteriosa,
con su renombre funesto,
nos libraba de importunos
guardando nuestro secreto...
Alguna vez el camino,
lleno el corazón de miedo
y la oración en los labios,
cruzaba humilde labriego,
que ante la cruz descubríase
con religioso respeto;
entonces yo, ¿lo recuerdas?,

decía con voz de trueno:
—¡Buenas noches, camarada!—
y el campesino inexperto
lanzábase á la carrera,
sin detenerse hasta el pueblo,
donde al amor de la lumbre,
azorado y sin aliento,
jurándolo por su nombre,
contaba á sus compañeros
que aquella noche, en lo obscuro,
al pasar ante el crucero
que hay al lado del camino,
le saludaran los muertos...

Aquellos tiempos pasaron,
¡quién lo diría, mi dueño!,
y al saludo temeroso
del rústico marrullero
que cruza aquellos parajes,
ya no responden los muertos,

los muertos ya no responden
de la noche entre el misterio,
porque ha tiempo que los vivos,
como hoja que lleva el viento,
de aquellos tristes lugares
para no volver se fueron...

Mas yo volví silencioso,
de la noche entre el misterio;
llegué lleno de dolor
al pié del blanco crucero,
donde tantas veces juntos
conversábamos risueños,
y donde tú me decías,
con semblante picaresco,
que tras de la cruz al diablo
te parecía estar viendo...
Lleguéme allí tan contrito,
con tanta pena y respeto,
recordando las locuras

de aquellos felices tiempos,
que alguno tal vez creería,
al ver mi recogimiento,
que en éxtasis fervoroso
dirigía á Dios un rezo...

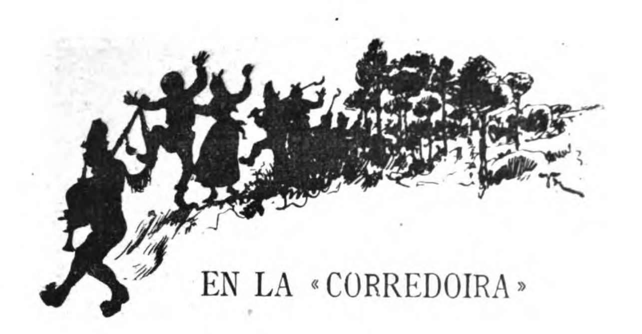
¡Ay crucero solitario,
silencioso compañero,
¡si tú pudieras hablar!...
¡crucero, blanco crucero!...

20 Septiembre, 93.



EN LA «CORREDOIRA»

NOCTURNO



EN LA «CORREDOIRA»

NOCTURNO

Terminada la fiesta alegremente,
por el monte cruzaba
la bullidora gente,
que al hogar satisfecha regresaba.
Oíase do quier el estallido
del cohete estruendoso,
que atronaba los aires, y que unido
de la gaita al quejido melodioso
y del grato y dulcísimo *alalala*
á los sencillos sones,

en que mozas y mozos hacen gala
del fuerte resistir de sus pulmones,
formaba tan extraña algarabía,
que quien no conociera
las costumbres gallegas, dudaría
y en un mundo de locos se creyera.

Era de noche ya, majestuosa
la luna se ostentaba,
y con su lumbre pura y misteriosa
el erizado monte iluminaba,
haciendo entre sus hondas quebraduras
y escabrosos ribazos,
rara mezcla de claros y negruras,
cual de un cuadro sublime hecho á brochazos.

Separándose un poco del bullicio
y huyendo de la gente,
Rosa y Gabriel, cual mozos de buen juicio,
caminaban hablando seriamente.

Era él alto y doble,
de arrogante ademán, fornido pecho,
gesto altivo, mirada franca y noble,
firme expresión y rostro satisfecho;
veíase en su traza desenvuelta,
su blanca piel y su cabello rojo,
al indomable celta,
de dulce trato y varonil arrojo.

Ella, gallarda, airosa,
alta también, de pechos abultados,
hermosa faz, risueña y candorosa,
ojos negros, purísimos, rasgados,
perfil correcto y púdica apariencia,
era un trasunto fiel del tipo griego,
reflejando en su rostro la inocencia
de un acendrado corazón gallego.

Al llegar á un sendero tortuoso
que del ancho camino se apartaba

y atravesando un bosque tenebroso
entre zarzas y pinos se ocultaba,
y en el terreno blando
suavemente se hundía,
fuéronse poco á poco separando
de la alegre y ruidosa compañía,
y con paso inseguro,
uno del otro en pos,
por él tomaron cuando ya en lo obscuro
consiguieron quedar solos los dos...

Cuanto mas caminaban,
más se hundía el sendero misterioso,
y más sus mudas sombras se aumentaban
cual en profundo y solitario foso...
Iban callados ambos, sólo el viento
gemía en el pinar;
y á lo lejos oíase el concento
de las fugaces notas de un cantar...

Llegó un momento al fin en que inflüidos
por oculta atracción, se detuvieron,
y cara á cara, absortos, conmovidos,
con efusión se vieron;
no hubo expresiones tiernas y amorosas,
ni juramentos vanos,
sólo en la sombra, ardientes, temblorosas,
se enlazaron sus manos
y extáticos quedaron, frente á frente,
pálidos de emoción,
ansiosa el alma, el labio balbuciente,
agitado y convulso el corazón...

Todo era en tanto en torno amor y vida:
el susurrar sutil de la arboleda,
el rumor de una fuente que escondida
corría entre las sombras mansa y leda;
el murmullo del aura en la espesura,
el arrullo de un pájaro cantor,
de la luna la luz brillante y pura,

de las claras estrellas el fulgor...
De pronto, rauda ráfaga de viento
todo lo estremeció con blando ruido;
después, por un momento,
todo en paz sepulcral quedó sumido...

¿Qué fué lo que pasó en aquel instante?
Yo sólo sé una cosa,
y es que animó con ansia delirante
las almas rudas de Gabriel y Rosa.
Ella la faz convulsa y demudada
inclinó sobre el hombro de Gabriel,
y al verla así turbada,
ciego también y delirante él,
con sus brazos nervudos
la suspendió, arrobado en su embeleso,
y sus labios, ansiosos aunque mudos,
unió á los de ella en amoroso beso...

En tanto suave el viento

gemía en el pinar,
y á lo lejos, con lánguido concento,
triste, melífluo, lento,
se extinguían las notas de un cantar...

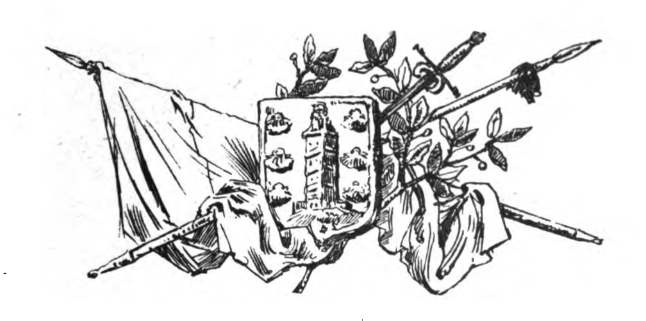
1889.



MARIA PITA

Á MI QUERIDO AMIGO EL ESCLARECIDO POETA

D. VICENTE COLORADO



MARÍA PITA

1589

Jamás al peso de enemiga planta
servil Galicia gemirá oprimida.

I

Como un cisne dormido
sobre el cristal de transparente lago,
ó caprichosa ondina
que de las claras ondas al arrullo
en las inquietas aguas se reclina,
la ciudad herculina,
perla del occidente,
reposaba adormida dulcemente

por el sordo rumor del oleaje,
que en sus costas rugiente
teje de espumas irisado encaje.

Todo en dichosa placidez yacía;
las horas deslizábanse serenas;
el labrador al cielo bendecía
entregado á sus rústicas faenas,
y en la ciudad tranquila el ciudadano
venturoso vivía
de la paz disfrutando los favores,
sin temer que turbasen su reposo
de enemigo alevoso
los siniestros y bélicos clamores.

Mas ¡ay! para constante desventura
del humano linaje, bajo el cielo
no hay bien completo ni quietud segura,
y si el hombre, triunfante en su desvelo,

logra apartarse de la lid ingrata,
ley de la vida en este triste suelo,
pronto el rudo huracán de las pasiones
que en su torno incesante se desata,
lo envuelve en sus violentas conmociones
y la efímera dicha le arrebata...
Siempre igual!

II

En el norte, entre las brumas
de la ambiciosa Albión, con torpe saña,
la iracunda Isabel, sordo enemigo
de la que entonces era
por sus conquistas poderosa España,
formó sus huestes, y su gente armada,
de Drake, audaz guerrero,
á la osada experiencia confiada,
veloz cruzó los mares

y cayó sobre España descuidada.

Todo era paz en la galaica tierra,
cuando llegando al fin de su derrota,
ante sus costas, que en quietud yacían,
mostró sus velas la enemiga flota;
mas la nueva cundió rápidamente,
y aquel pueblo dormido
se reanimó de súbito, imponente
como indómito mar embravecido;
resonaron doquier gritos de guerra;
muchedumbre de gente valerosa
se apercibió, el reposo abandonando,
á castigar con mano vigorosa
la audaz traición del extranjero bando;
llenos de noble ardor los corazones,
nadie pensó en huir, viejos y mozos
se aprestaron con fiera diligencia,
y en la sangrienta lid, los campeones
del honor y el hogar, fueron leones,
ciegos al defender su independencia.

III

Tras once días de incesante asedio,
el pueblo, denodado si no fuerte,
destrüidos sus muros, mal armado
y á su propio valer abandonado,
se disponía á recibir la muerte:
siniestras las británicas legiones,
espanto de monarcas y naciones
por su fría entereza en mil batallas,
tremolando orgullosas sus pendones,
acampaban al pié de sus murallas.

Era astuto el inglés y decidida
su vigorosa gente,
en constantes combates aguerrida;
el gallego, sencillo y laborioso,
sólo tenía un pecho generoso
que oponer, en la lucha, á los rigores
del fulminante acero

que esgrimían los fieros invasores.
Pero, ¿qué importa al corazón entero
que defiende el solar de sus mayores,
el tierno infante ó la adorada esposa,
de enemigas legiones la pujanza?
¿quién bastará á arredrarle? ¡acepta el reto!
se yergue altivo y á luchar se lanza,
trueca el tranquilo hogar en parapeto,
en arma asoladora
los humildes aperos de labranza,
se opone al invasor con saña ciega,
y si, débil, no alcanza la victoria,
impávido y tenaz no se doblega
y esclavo del deber, ¡muere con gloria

IV

Empeñada la lid, llevando en alto
su orgulloso pendón, los sitiadores

corrieron al asalto,
y cual turbión que fragoroso estalla,
rápidos como el viento,
se lanzaron con furia á la muralla;
cundió la alarma, bélico ardimiento
conmovió á los heróicos defensores,
que haciendo de sus pechos firme valla,
prontos á dar por el honor la vida,
recibieron la fuerte acometida
con destructora lluvia de metralla;
terrible, atronador grito de guerra
pobló los aires, retembló la tierra,
densa humareda obscureció el ambiente,
y en largo espacio oyóse solamente
la horrible confusión de imprecaciones
y gritos de furor de los guerreros,
el violento chocar de los aceros
y el ronco retumbar de los cañones!...

V

Largo el combate fué. Los contendientes
luchaban, cuerpo á cuerpo, con bravura;
¡era de ver la bélica locura
con que sólo un puñado de valientes,
se oponía al empuje vigoroso,
de un ejército diestro y poderoso!
Pero el número al fin se sobrepuso
y entre el fragor confuso
los gritos de victoria resonaron
en que ufanas las huestes sitiadoras
prorrumpían al verse vencedoras;
los tenaces gallegos no cejaban,
pero su pelear desesperado,
su firme resistencia,
eran el heroismo resignado
con que el mártir entrega la existencia;

conformes con su suerte,
recibían la muerte:
aquel pueblo, dechado
de valor é hidalguía,
que en la sangrienta lucha sucumbía,
era vencido, sí, ¡mas no humillado!

VI

Ya la turba extranjera,
con feroz y espantosa gritería
la maltrecha muralla trasponía;
ya su altiva bandera,
por un grueso de gente sustentada,
flameando orgullosa,
se erguía sobre el muro victoriosa
entre gozosos hurras aclamada!...
De pronto, una mujer de humilde porte,

fija en la odiosa enseña la mirada,
surgió entre los soldados, é imponente,
fruncido el ceño, erguida
con altivez la frente,
se arrojó á combatir resueltamente.

La lid quedó un instante suspendida,
y á la rojiza luz del sol poniente,
la gente contempló despavorida
la extraña aparición: suelto el cabello,
descompuesto el semblante
y animado á la par por un destello
de supremo rencor, firme, arrogante,
blandiendo con indómita entereza
en la diestra el acero fratricida,
la iracunda matrona,
parecía, sublime en su fiereza,
vengadora deidad, aparecida
para penar con ejemplar castigo
al traidor enemigo

que fiado en su pujanza,
codicioso y falaz, de aquellos lares
fuera osado á turbar la bienandanza.

VII

Pasada la sorpresa prontamente,
el enemigo arremetió con furia;
pero ya en la ciudad de boca en boca,
rápida como eléctrica corriente,
se esparcía una voz, y ciega, loca,
la multitud airada
se lanzaba á la lucha nuevamente.

«¡Galicia»!, «¡María Pita!»,
se escucha por do quier, la nueva cunde,
la población se agita

el temerario arrojo se difunde,
y la audaz heroina, en un momento
ve á su ejemplo volver el ardimiento
al corazón tenaz de sus hermanos,
que, cual cediendo á mágico conjuro,
corren de nuevo ufanos
á defender el malparado muro.
El belígero ardor encuentra un eco
hasta en los blandos pechos femeniles:
las nobles hembras célticas se alzaron
con vigor y entusiasmo varoniles:
—¿Qué—exclamaron—tan débiles seremos,
que nuestros tiernos hijos entreguemos
al rigor de extranjeros inhumanos?
¡Jamás, antes que verlos bajo el yugo,
los ahogarían nuestras propias manos!—
Y con supremo arrojo,
mozos, ancianos, débiles mujeres...
¡todos!, se abalanzaron, de la lucha
despreciando orgullosos los azares,

y jurando animosos,
ó salir en su empeño victoriosos,
ó morir defendiendo sus hogares.



Entonces fué cuando esgrimiendo airada
la vengadora espada,
aquella audaz mujer, lanzóse ciega,
seguida por la turba delirante,

y con encono fiero,
un corazón inglés atravesando,
arrancó la bandera aborrecida
de la mano atrevida
que en alto victoriosa la ostentaba,
y la arrojó por tierra, entre los gritos
de un pueblo que entusiasta la aclamaba.

¡Oh heroica María Pita!
¡bendita tú! ¡bendita
la sacra llama que abrasó tu pecho!
Grabada vivirás eternamente
de aquel pueblo leal en la memoria,
y ceñido por lauro refulgente,
tu nombre brillará perennemente
en los fastos sagrados de la historia.

VIII

Reanudada la liza con más brío,
locos en su entusiasta desvarío,
los altivos gallegos se crecieron;
sus gritos de furor repercutieron
en la anchurosa esfera:
«¡María Pita!», escuchóse por do quiera,
«¡María Pita!», los ecos repitieron,
y en un impulso unidos de esta suerte,
aquellos héroes con furor cerraron
contra el inglés, y ciegos pelearon,
prontos á dar y recibir la muerte.

. . . . .

El invasor sañudo
afrontó el choque rudo,
pero en vano: aquel pueblo enloquecido
era ya cual torrente desbordado

que incontrastable y sordo se desata
y corre despeñado
y con su horrendo empuje
todo al paso lo arrolla y desbarata...
En vano se repuso
terrible el sitiador, en vano opuso
contra los denodados defensores
su furia poderosa:
del día á los postreros resplandores,
desalentada y en tropel confuso,
cedió por fin su hueste temerosa.

IX

Drake volvió á intentar la acometida
á favor de la sombra y el misterio,
pero su astuta gente,
en la cobarde empresa sorprendida,
se retiró vencida nuevamente,
y el famoso caudillo,

renunció á sus designios pesaroso,
convenciéndose al cabo
de que aquel pueblo digno y valeroso
no serviría nunca para esclavo.

X

Al despuntar la aurora,
bañando en luz la inmensidad del cielo,
la flota sitiadora,
cual bando de gaviotas diligente
que al fulgor del crepúsculo alza el vuelo,
se hizo á la mar, y sus gallardas naves,
surcando majestuosas el Oceano,
del austro al soplo leve,
se perdieron en breve
del horizonte en el confín lejano;
y las soberbias olas,
que azotaban sus quillas sordamente,

irguiendo altivas la espumosa frente,
como orgullosas ante gloria tanta,
parecían decirles en su huída:
«*¡Jamás al peso de enemiga planta*
servil Galicia gemirá oprimida!»

1890.



LA BODA

Á LA SEÑORA

DOÑA MANUELA HERMOSILLA



LA BODA

CUENTO

I

Lejos del mundo ruidoso,
en apartado lugar,
al pié de un monte escabroso
que ciñe el mar espumoso
y que corona un pinar,
de los hombres olvidado,
se alza un pueblo encantador
que parece que extasiado
duerme sueño reposado

de las ondas al rumor.

Cúbrelo á un lado el follaje
de un espeso robledal,
cuyo espléndido ropaje
presta sombra á aquel paraje
en la estación estival;

al otro, con su aspereza
protéjelo ingente roca,
titánica fortaleza
que inmutable en su firmeza
las iras del mar provoca,

y ante sus piés, la llanura
se ve de anchurosa playa,
en donde la linfa pura
lánguidamente murmura
y en blandas ondas desmaya...

¡La playa y el oceano!
¡Con qué admiración contemplo
ese cuadro soberano

que al mudable ser humano
da de firmeza un ejemplo!

¡Cuántas veces venturoso
me he adormido á los rumores
con que el temible coloso
parece cantar gozoso
la dicha de sus amores!

¡La playa y el mar!, amantes
tan firmes en su ilusión,
en su empeño tan constantes
que los siglos son instantes
para su eterna pasión!

Ella, extática, anhelosa,
ante el señor de su sér
que apasionado la acosa,
se mira en él orgullosa,
inmutable en su querer;

cede al galán que le ruega,
lo recibe en su regazo,
y cual amante que ciega

al dueño amado se entrega,
lo ciñe con tierno abrazo...

Y él la enamora rendido,
con plácido murmurar,
ó la estrecha enloquecido,
lanzando ronco bramido
sus ondas al desatar;

ya la espumosa melena
sacude con fiero ardor;
ya con su linfa serena
sobre la límpida arena
deja un ósculo de amor;

ya jugando se retira,
ya avanza ufano después,
ya rumoroso suspira
y del bien por quien delira
va á inclinarse ante los piés,

ó alzando fuerte oleada,
como haciendo ostentación
de su riqueza ignorada,

deposita ante su amada
de conchas rico montón...

Es aquella humilde aldea
morada de pescadores,
que en incesante pelea
sostienen lid gigantea
del mar contra los rigores.
Lejos del mundo mentido,
aquella sencilla gente,
vive en delicioso olvido;
jamás el social rüído
turba su calma inocente;
la franca ley patriarcal
impone allí su grandeza,
común el bien como el mal,
parten todos por igual
la alegría y la tristeza.

¡Oh! existencia venturosa,

¡oh! inocente vida obscura,
¡oh! grata quietud preciosa
do el alma lejos reposa
de la mundanal locura...

¡Mundo traidor y falaz,
maldito el sutil veneno
de tu bullicio procaz!...
¡Bendita tu dulce paz,
grato retiro sereno,

bello rincón olvidado,
pueblecillo encantador
que parece que extasiado
duermes sueño reposado
de las ondas al rumor!...

II

Extiende en la obscura bóveda
sus claras tintas el alba,
do quier llevando el contento
entre sus ondas diáfanas.
En el robledal cercano
gozosas las aves gárrulas
saludan al rey del día
con bulliciosa alborada,
mientras las brisas del mar
por valles y costas vagan,

impregnadas de sutiles
emanaciones balsámicas,
y en el pinar melancólico
los pinos de obscuras ramas,
agitados blandamente,
por las matutinas ráfagas,
con armónico susurro
el himno al sol acompañan,
inclinando reverentes
las verdes cabezas lánguidas.

Apenas tenue el crepúsculo
tímidamente anunciara,
indeciso y ruboroso,
que el nuevo día empezaba,
cuando activa y diligente,
dejando la dulce calma
del hogar, alegre turba
invade la extensa playa.

¡Cuadro encantador y hermoso
el que á la luz sonrosada
de la aurora, nos ofrecen
aquellas gentes ufanas!

Activos, mozos y viejos,
instalados en sus barcas,
que amarradas á la orilla
se mecen sobre las aguas,

se disponen afanosos,
con placentera algazara,
para lanzarse impertérritos
á la lucha cotidiana:

quien diestro, con hábil mano,
la fuerte vela prepara;
quien con compasado empuje
leva vigoroso el ancla;

quien ceba el agudo anzuelo,
quien la burda red repasa,
quien el frágil barco achica,
quien el fuerte remo afianza...

En tanto la fiel esposa,
y la madre idolatrada,
y la amante prometida



y el tierno hijuelo, en la playa,
formando animado grupo,
entre cantares y chanzas,
y epigramáticos chistes
y cariñosas palabras,

á darles la despedida
con resignación aguardan,
que no sabe el marinero
cuando audaz al mar se lanza,
si volverá de su hogar
á la quietud adorada,
ó si hallará obscura tumba
entre las ondas amargas...

Por fin, cual alegre bando
de aves marinas, gallardas,
tendidas las blancas velas
que el fresco viento atiranta,
las leves naves, las olas
surcan y se alejan rápidas
entre los tiernos adioses,
y las sonrisas calladas,
y los amantes suspiros,
y las prudentes palabras,

que ante la triste partida
todos los pechos exhalan.

Pablo también sonrïente
dirige ufano su barca,
que á impulso del viento, surca
como una flecha las aguas;
Marcela, desde la orilla,
lo ve alejarse arrobada,
diciéndole con los ojos
lo que los labios se callan;
y él, de franco amor henchido,
no se cansa de mirarla,
para expresar su ventura
buscando en vano palabras;
pero en sus dos corazones
que enamorados se abrasan,
recóndita voz murmura
con blando acento: —«¡Mañana!...
»mañana ante los altares

»dulce coyunda os aguarda...
»un nuevo hogar os espera...
»vacío un tálamo os llama...»—
y afanosos se contemplan,
absortos por dicha tanta,
y al encontrarse sus ojos
que fuego de amor irradian,
se forma entre sus pupilas
un poema de miradas,
y remontándose ansiosas
se dan un beso sus almas...

Los dos gallardos y rudos,
huérfanos desde la infancia,
unidos por los rigores
de su niñez solitaria,
se adoran con la firmeza,
con la inmutable constancia
de aquellas rocas abruptas
que al mar esperan estáticas...

Pero la barca se aleja,
los frescos vientos la arrastran,
y por momentos se acrece
entre los dos la distancia.

La ligera navecilla,
por la extensión azulada,
se engolfa, dócil juguete
de las olas agitadas,

y ora se eleva un instante
sobre espumosa montaña,
ora parece perderse
entre la líquida sábana,

hasta que al fin, leve sombra,
entre la niebla oceánica
fundiéndose gradualmente,
desparece en lontananza...

III

En tanto que al mar undoso
la flota audaz se confía,
todo es calma y alegría
en aquel pueblo dichoso.

Es de ver la animación
y el constante movimiento
y el bullicio y el contento
de aquel tranquilo rincón,
al despuntar la mañana,

cuando naciente la aurora
la azul esfera colora
con tenue fulgor de grana:
aquí ufana y hacendosa,
con placentero semblante,
á su labor incesante
se entrega la activa esposa;
allí la anciana jovial
cuida al tierno nietezuelo,
viendo reflejarse el cielo
en su rostro angelical;
acá con risas fugaces,
viejas comadres chismean;
allá alegres corretean
los fornidotes rapaces...
mientras se cierne en la altura
graznando el ave marina,
y en la rompiente vecina
el mar inquieto murmura...

Marcela, junto al umbral
de hogar humilde, sentada,
daba la última puntada
al rico traje nupcial.
De cuando en cuando se erguía
y olvidando la labor,
al mar amenazador
los claros ojos volvía,
y afanosa interrogaba
al proceloso oleaje
que con empuje salvaje
contra las rocas chocaba,
y en muda contemplación
quedaba un punto sumida,
como si fuese abstraída
por honda meditación,
hasta que al fin, sonrïente
cual desechando una idea,
la interrumpida tarea
comenzaba nuevamente.

En tanto, cual denso velo
de funerarios crespones,
misteriosos nubarrones
iban entoldando el cielo;
á la plácida armonía
del céfiro nemoroso
el silbido fragoroso
del huracán sucedía,
y envuelto en espesa bruma,
rugiente el mar se encrespaba
y en la orilla se estrellaba
formando ríos de espuma...

¡Sublime naturaleza,
siempre grande y siempre hermosa,
ya en tu quietud venturosa,
ya en tu terrible fiereza!
¡con qué inefable emoción
cuando te ostentas en calma,
se deleita en tí mi alma

y te admira mi razón!
¡con qué respeto profundo
te acato cuando espantable
te estremeces implacable
llenando de asombro al mundo!

Pronto estalló con estruendo
la tempestad, que imponente
se desató y estridente
en torno repercutiendo,
trocó en acerbo quebranto
la paz de aquellas regiones,
llevando á los corazones
la confusión y el espanto.
Y aquella gente sencilla,
antes feliz y arrullada
por dulce paz, consternada
corrió gimiendo á la orilla.
Víase allí al noble anciano
de franco rostro curtido,

patrïarca encanecido
en la lid con el oceano,
á la madre inconsolable,
á la acongojada esposa,
y á la virgen que afanosa
miraba al mar insondable...
todos los rostros mostraban
el más hondo desconsuelo,
y alzando preces al cielo
todos los labios temblaban.

Así transcurrió aquel día
de angustiosa incertidumbre,
y ya su manto de lumbre
solemne el sol recogía,
cuando entre el crudo furor
del oceano turbulento,
al fuerte impulso del viento
que silbaba aterrador,
volviendo á los corazones

la alegría y la esperanza,
surgieron en lontananza
las leves embarcaciones,
que ya un momento se erguían
sobre montañas de espuma,
ó ya ocultas por la bruma
entre las olas se hundían...

Y al fin, con dichoso acierto,
burlando el furor del mar,
consiguieron arribar
los pescadores al puerto,
y ciñó con tiernos lazos
la madre al hijo gozoso,
y á la esposa el fiel esposo
volvió á estrechar en sus brazos,
y por el llanto anegada
la faz, se miró radiante
en los ojos del amante
la doncella enamorada...

Cuando en aquellos lugares
se extinguió la luz del día,
todo era paz y alegría
en los tranquilos hogares...

¡Sólo con ahogado acento,
gimiendo desatentada
sin ser su ausencia notada
entre el general contento,
llena el alma de pesar,
Marcela, angustiada, loca,
en pié sobre escueta roca
miraba afanosa al mar!...



IV

Huyó la luz. Acogidos
á sus tranquilas viviendas,
los rendidos marineros,
libres de afanes y penas,
en sus lechos reposaban
de la arriesgada pelea
que vigorosos y audaces
con las olas sostuvieran.

La noche era fría y lóbrega,
arreciaba la violencia

del huracán, negras nubes
encapotaban la esfera,
el vendaval fragoroso
con implacable crudeza
se desataba asolando
montes, valles y riberas,
y bajo su horrendo empuje,
cual débiles hojas secas,
rodaban desarraigados
los viejos robles por tierra,
y los arrogantes pinos
doblaban la frente enhiesta
modulando con sus ramas
triste armonía siniestra;
de cuando en cuando, rompiendo
ráudo las nubes espesas,
brillaba breve relámpago
con lívida luz intensa,
al cual súbito seguía
cual si de pronto se hundiera

desquiciado el firmamento
entre las rojas centellas,
el retumbante estampido
del trueno que en las esferas
celestes repercutiendo
estremecía la tierra...
y el torrencial aguacero
trocaba en ríos las sendas,
las hondonadas en lagos
y en pantanos las praderas...

Convulsa, despavorida,
desafiando la inclemencia
de la tempestad, vagaba
por la ancha playa Marcela,
teñido el bello semblante
por palidez cadavérica,
suelta á merced de los vientos
la abundosa cabellera,
dilatadas las pupilas

y en su actitud descompuesta
reflejando de su angustia
la inexorable vehemencia...



Como enfurecidos tigres
que humillando su fiereza,
lamen la planta al osado
domador que los sujeta,
lanzando roncos bramidos,
las olas, con furia horrenda,
se arrastraban impetuosas

á los piés de la doncella,
que parecía, agitada
por agonía suprema,
flotante al viento el vestido
y entre las sombras envuelta,
fatídica aparición,
extraña deidad funesta
que se meciese en las ráfagas
rugientes de la tormenta:

—¡Pablo!...—prorrumpía —¡Pablo!...
¿Tan sola y triste me dejas?...
¿Qué es de tí que no respondes?...
¿En dónde estás que no llegas?...—
y el vendaval orgulloso
llevaba sus hondas quejas
que á lo lejos se perdían
sin obtener más respuesta
que el imponente bramido
de la tempestad soberbia...

De pronto, cual si brotase
entre las ondas acerbas,
del fiero huracán en alas,
fugaz como la postrera
palabra que el tembloroso
moribundo balbucea,
llegó una voz á su oido,
débil, comprensible apenas,
que resonó en sus entrañas
é hirió las fibras más tiernas
de su corazón: un nombre...
¡un nombre! ¡el suyo!—«¡Marcela!...»

¡Ay! era su voz querida...
¡la de su Pablo!, era aquella
voz que amante la arrullara
desde la infancia, que tierna
deslizara en sus oídos
mil dulcísimas promesas
pintándole las venturas

de una tranquila existencia!...
¡era su voz! y afanosa,
loca, fascinada, ciega,
acudiendo al llamamiento
de su amado, irguióse enérgica
y entre las traidoras aguas
se internó firme y resuelta...

—¡Pablo!—exclamaba —¡Mi Pablo!...
¡Por aquí!... ¡Ya voy!... ¡Espera!...—
y desolada seguía
en su insensata carrera,
y el vendaval la azotaba,
y el oleaje con violencia
la circundaba, y se hundía
bajo sus plantas la arena,
mas infeliz, nada hallaba
entre las hondas tinieblas...

Súbito vivo relámpago

rasgó las sombras espesas,
y á su fulgor, encrespada,
creciente, espumosa, inmensa,
se levantó ante sus ojos
una ola gigantesca,
y arrollada entre la espuma
uua aparición siniestra
llenó su pecho de espanto
y heló la sangre en sus venas...
¡Era su amado! ¡su esposo!
¡el señor de su existencia!
¡el protector de su infancia,
su dicha, su vida entera!...
¡era Pablo! ¡era su Pablo,
que aniquilado, sin fuerzas,
exánime ya, vencido
en la terrible pelea,
la reclamaba á los cielos
en su agonía suprema!...
y la fiel enamorada,

enloquecida, inpertérrita,
delirante, vió tan solo
sobre las aguas inquietas,
dos brazos que le brindaban
con la caricia postrera,
que entre las ondas se erguían,
¡los de su esposo!, y resuelta
y firme lanzóse en ellos...

La enamorada pareja,
unida en estrecho abrazo,
apasionada, patética,
se hundió en el obscuro seno
de las aguas...

¡La tormenta
llevó en sus alas un grito
de amor!... ¡de ternura inmensa!...

V

Fugaz la noche, en poniente
recogió el fúnebre velo.
Los céfiros dulcemente
murmuraban, esplendente
brillaba el sol en el cielo,

y en el pueblecillo hermoso
todo alegre sonreía:
al rebramar pavoroso
del huracán fragoroso,
la dulce paz sucedía.

Tan sólo hacían pensar
en la tenebrosa escena,
las algas que sin cesar
en su furia, airado el mar,
sembraba sobre la arena,

y algún roble derribado
entre el fango del camino,
y el ramaje arrebatado
por el viento huracanado
al verde pinar vecino...

Y también algo espantable
que entre las olas flotaba,
algo que el mar, implacable
en su furor perdurable,
violentamente azotaba...

Con afligidos semblantes
y el corazón oprimido,
los sencillos habitantes

acudieron anhelantes
dándolo todo al olvido.
Tendieron los pescadores
las anchas velas al viento,
y los rudos labradores
olvidando sus labores
ante el común sentimiento,
tomaron parte afanosos
en la empresa bienhechora,
y se perdieron ansiosos
en los riscos escabrosos
de aquella costa traidora.

En un lugar apartado
do el mar con furia salvaje,
por las rocas refrenado,
se retorcía irritado
con espumoso oleaje,
abrazados fuertemente,
los dos amantes yacían,

sobre roquiza vertiente,
do tras chocar estridente
las verdes olas morían.

Inspiraba aquella unión
al par respeto y encanto,
fundiendo en el corazón
la pena y la admiración,
la sorpresa y el espanto:

patético y puro emblema
de un afán constante y tierno,
era aquel grupo un poema;
la consagración suprema
de un lazo sublime, eterno...

¡Himeneo singular
en que un amor sobrehumano,
del viento entre el rebramar,
tuvo al cielo por altar,
por tálamo el oceano!...

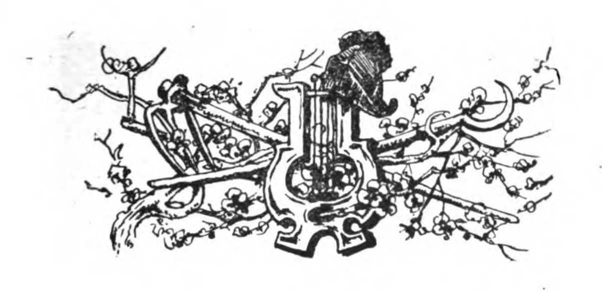
En tanto de su hermosura

haciendo alarde, esplendente
se despertaba natura,
con un soplo de ventura
poblando el tranquilo ambiente
en que vegeta olvidado
aquel pueblo encantador,
que parece que extasiado
duerme sueño reposado
de las ondas al rumor...

Noviembre, 91.



A GALICIA



A GALICIA

¡Qué hermosa te dou Dios, terra querida,
desdichada beldá!
¡Qué doce é melancólico sosego
sinto ó te contemprar!
ROSALÍA.

¡Patria!,
veneranda mansión dulce y serena,
olvidado rincón del paraíso,
¡Galicia sin rival!... ¡bendita seas!

Absorto al contemplarte
á través de tus frondas y tus nieblas,
reclinada en tu tálamo de espumas,

palpitante de amor, pródiga, espléndida,
¡con qué profundo encanto,
con qué emoción inmensa,
madre fecunda y próvida
mi corazón te admira y te venera!...

Cuando visito errante
tus ciudades risueñas,
donde, olvidando obscuras tradiciones
del progreso caminas por la senda;
cuando en tus costas áridas,
dirigiendo al azar la planta incierta,
exploro la llanura
de tus playas soberbias,
afronto de tus mares
la horrísona fiereza,
y veo entre las olas
rugientes y siniestras
del pescador heróico
la perdurable lucha gigantea;

cuando trepo á tus montes escarpados
con sus rocas escuetas,
sus breñales abruptos,
sus hórridas cavernas,
sus fragosos pinares
sus torrentes, sus brumas y sus selvas,
y recorro al acaso
tus umbrosas veredas,
con sus setos de agrestes zarzamoras
y juncias y violetas;
cuando desciendo al fondo de tus valles
do entre verdes praderas
lanzan los anchos ríos su corriente,
cristalino raudal de tus arterias,
y del húmedo surco,
donde el germen fermenta,
veo surgir los tallos vigorosos
que dora el sol y que las auras besan,
y al peso del arado
que al tardo buey sujeta,

tus ópimas entrañas
siento rasgarse ubérrimas,
como en amante cópula
deleitosa y crüenta,
se abre fecundo el seno palpitante
de enamorada virgen que se entrega...
cuando á la umbrosa margen de tus rías
guío la planta incierta,
y arrobado contemplo
tus verdes arboledas,
y escucho de los ánsares
la dolorida queja,
y en éxtasis beatífico mi alma
gozosa se deleita
al percibir dichosa
la sinfonía espléndida
de arroyos que murmuran,
de ramas que se estrechan,
de brisas que suspiran
de insectos que aletean...

¡oh patria!, noble asilo,
melancólico edén, mansión serena,
orgulloso de tí, por tí daría
mi sangre, ¡mi existencia!...

¡Galicia sin rival!, mi alma te admira,
á través de tus frondas y tus nieblas,
reclinada en tu tálamo de espumas,
palpitante de amor, pródiga, espléndida...
Madre fecunda y próvida,
tierra donde nací, dulce y risueña,
¡patria!,
¡venerando solar!... ¡¡bendita seas!!

Julio, 94.



NOTAS

NOTAS

(1) Aun cuando al escribir los *Bosquejos Galaicos* mi propósito ha sido hacer una serie de cuadros meramente descriptivos, he intercalado en el tomo esta composición así como también la titulada «El Crucero», á fin de dar más amenidad al libro.

(2) Desde el punto de vista artístico nada tiene que envidiar la famosa ciudad de Santiago de Compostela á las más celebradas de España por la riqueza y magnificencia de sus monumentos, y puede asegurarse que es la primera por el aspecto grandioso y severo de sus construcciones de sillería, que con sus mu-

(1) *¡Vilar!* pág. 65.
(2) *Compostela*, pág. 71.

ros denegridos por el tiempo y á través del tiempo enhiestos é inquebrantables, desafían audazmente la inclemencia de los siglos. La basílica, de estilo románico-bizantino, con sus torres airosas, sus anchas naves, sus pórticos de inapreciable valor, y sus tapices y reliquias, que inspiró á la inolvidable y no comprendida condesa de Parcent su imponderable poema «La Estatua Yacente»; el vetusto hospital de los Reyes Católicos, antiguo refugio de los peregrinos; el soberbio palacio consistorial greco-romano; el monasterio de San Martín, verdaderamente espléndido; la iglesia del mismo nombre, joya del siglo XVI; el colegio de Fonseca con su preciosísimo claustro; la universidad, cuna de tantos ingenios... y en general, la apariencia austera de todos los edificios de aquel pueblo de granito, donde cada casa es una verdadera fortaleza, impresionan el ánimo con esa inefable emoción que sólo se experimenta en presencia de lo grande y de lo bello. Desde el punto de vista histórico, la fama universal de la antigua capital de Galicia hace innecesaria toda advertencia de nuestra parte.

(3) Según la opinión de respetables escritores, no es

(3) *María Pita*, pág. 103.



éste el nombre de la heroína coruñesa. Sin tratar de contradecir esta versión, prefiero el nombre que el aura popular ha traído hasta nosotros, pos ser el que la tradición ha consagrado, por adecuarse más al género de esta composición, y por parecerme probable que fuese el adoptado por los contemporáneos de nuestra heroína como más breve y sonoro. De esto último tenemos en la historia algunos ejemplos.

FIN

Indice.

OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS

MUNIA, poema, con ilustraciones de Arturo F. Cersa. 2 pesetas.

BOSQUEJOS GALAICOS, descripciones regionales, con un prólogo de D. Manuel del Palacio, y dibujos de Joaquín Vaamonde.................................. 2 pesetas.

TERMINADAS Y PRÓXIMAS Á PUBLICARSE

CUENTOS AMOROSOS, tomo XXXVII de la *Biblioteca Diamante*, de López, editor. Barcelona.

DULCES Y AMARGAS, poesías cortas.

EN PREPARACIÓN

CUENTOS BREVES.

ESTHER, poema.

Imprenta de Enrique F.-de-Rojas.
MOSTENSES, 24, Y ROSAL, 2
MADRID